

pies de la Santa para defenderla contra todo insulto de los libertinos. Ninguno tuvo aliento para arrimarse á ella despues que vieron la furia con que la fiera se arrojó sobre un insolente que tuvo este atrevimiento; y hubiera perecido entre sus garras á no haberle libertado las oraciones de la misma Santa, cuyo duplicado milagro le convirtió. Espantado, pero no vencido el tirano, mandó que pusiesen fuego al cuarto donde estaba Daria, para que ella y el leon que la guardaba se redujesen á cenizas; pero el leon marchó sereno y sin lesion por medio de las llamas, recogiendo derecho á su jaula sin hacer daño á persona alguna. El cuarto de la Santa quedó abrasado; pero á Daria no le tocó el fuego al pelo de la ropa. El mismo prodigio se obró en favor de S. Crisanto; porque habiendo ordenado el juez que le abrasasen los costados con hachas encendidas, aplicadas estas no hicieron el mas mínimo efecto. Avergonzado en fin el tirano de verse vencido por aquellos dos jóvenes, héroes de la religion cristiana, mandó que los sacasen á un campo fuera de la ciudad, que se llamaba *el Escelerado*, porque en él eran enterradas vivas las vírgenes vestales convencidas de incontinencia, y en el mismo consumaron su glorioso martirio los dos santos mártires, siendo enterrados vivos en un arenal el dia 25 de octubre, hácia el año del Señor de 284.

Luego que el Señor dió la paz á su Iglesia y la ciudad de Roma abandonó públicamente el culto de los ídolos para rendirse á Jesucristo, plugo al mismo Señor, dice S. Gregorio, revelar el lugar donde estaban sepultados los cuerpos de estos santos mártires. Fueron desenterradas sus preciosas reliquias, y los milagros que acompañaron su descubrimiento hicieron glorioso su sepulcro, aumentando el culto y la devocion de los fieles.

SAN GABINO, PROTO Y GENARO, MÁRTIRES.

La isla de Cerdeña, famosa en los anales eclesiásticos por haber sido lugar adonde fueron desterrados tantos santos obispos y tan ilustres confesores de la fe de Jesucristo, no es menos famosa por los esclarecidos varones que han tenido en ella su nacimiento. El haberla mirado la naturaleza con ceño, haciéndola de un aire mal sano á causa de los pantanos que engruesan su atmósfera, y de las altas montañas que impiden su traspiracion por la parte del Norte, ha sido una venturosa circunstancia para que los enemigos de la religion cristiana pensasen establecer allí el teatro de sus crueldades, y al mismo tiempo el de los triunfos de los valerosos soldados del Cru-

cificado. En la ciudad de las Torres, que presentemente se llama Sasarí, y está situada sobre el rio Torres, no lejos del mar, nacieron S. Proto y Genaro, varones santísimos, y de tan arregladas costumbres, que merecieron dar su vida por Jesucristo. Los primeros años de su existencia nos son enteramente desconocidos; solamente se sabe que su aplicacion á los estudios sagrados y el fervor de sus costumbres le proporcionó á Proto la dignidad del sacerdocio, y á Genaro la de diácono. Este hecho en unos tiempos en que solo servian estas dignidades de acelerar los instantes de la vida, y de llamar hácia sí la crueldad de los tiranos y los horrores del martirio, prueba bastante que tanto el uno como el otro eran personas virtuosas, criadas en las máximas del Evangelio, y con todo el valor necesario para derramar la sangre en obsequio de las verdades reveladas. Estas circunstancias hacen creer que tanto Proto como Genaro cumplirian exactamente las estrechas obligaciones de sus ministerios respectivos. El primero, repartiendo á los fieles el pan de vida y de doctrina, confirmándolos en la fe que habian profesado al recibir el bautismo, y preparando sus almas con el escudo y armadura de Dios, para poder defender su ley santa en las ocasiones continuas que se ofrecian. El segundo, cuidando de las iglesias, de la asistencia y servicio de los altares, recogiendo las limosnas de los fieles, y distribuyéndolas de manera que se mantuviesen los eclesiásticos; pero que las viudas y los huérfanos quedasen al mismo tiempo socorridos. Vivian estos siervos de Dios en tiempo que Diocleciano pretendia saciar la sed que le devoraba de sangre de cristianos; y pensando que sus personas podrian ser útiles en unas circunstancias tan criticas, pasaron á Roma, que era el teatro de la persecucion, y se presentaron al santo pontífice S. Cayo para que los emplease, segun que, atendidas las circunstancias, hallase ser mas conveniente. El santo pontífice se consoló mucho viendo que en tiempos tan calamitosos se encontraban cristianos, que sin temor de los tiranos ni de los tormentos presentaban el pecho á los peligros. Dióles los sagrados órdenes que arriba se han referido, y dispuestos de esta manera para predicar mas libremente y con mayor autoridad las grandes verdades del Evangelio, se volvieron á Cerdeña desechos de aprovechar cuanto les fuese posible á su amada patria.

Apenas llegaron á Torres cuando pusieron en ejecucion su proyecto con un zelo y actividad tales, que hacian gran fruto en los que adoraban á los dioses; sus pechos encendidos con el fuego de la caridad exhalaban palabras y discursos tan abrasados, que todo cuanto encontraban lo penetraban del mismo fuego. El culto

supersticioso que se tributaba á las mudas obras de las manos de los hombres decaía por instantes, y en su lugar se iba plantificando la religion verdadera, que muchos abrazaban convencidos de su predicacion. Esta eficacia les ocasionó su martirio; pues habiendo entre los convertidos cabido esta suerte feliz á un tal Gabino, soldado romano, personaje noble de la familia de los Sabelinos, fué llevada tan á mal esta conversion, que de sus resultas se vieron los Santos presos y atormentados. La nobleza del linaje de Gabino hacia mas notorio este hecho, y en Roma se habia de hablar precisamente de la negligencia y descuido del gobernador de la isla, á cuyo cargo estaban todos los puntos crueles que contenia el decreto de la persecucion. Por este motivo la conversion de Gabino hizo en el presidente una sensacion maravillosa, llenando su corazon de ira, de venganza, de desesperacion y de amargura. Mandólos prender y traerlos á su presencia; y habiéndoles preguntado por qué pervertian con doctrinas falsas y supersticiosas á los que adoraban á los ídolos, despreciando los sagrados decretos imperiales que debian obedecer, respondieron con libertad propriamente cristiana: *Que ellos obedecian primero los decretos y mandamientos de Dios eterno, que están llenos de santidad y de justicia, que los de un hombre mortal engañado en sus ideas, seducido de sus pasiones, y tan injusto en todas sus obras como la misma secta de supersticion que profesaba: que ellos no temian á un mortal, cuyo poder se estendia, á lo mas, á atormentar su cuerpo, sino que temian á un Dios omnipotente y justo, que despues de castigarles en esta vida, tenia poder para destinarlos á suplicios eternos en la otra. Por tanto, que tuviese entendido que ellos creian en un solo Dios criador de los cielos y de la tierra, en su hijo Jesucristo, que por redimir al género humano murió muerte de cruz, y en el Espiritu Santo, que con el Padre y el Hijo vive y reina por todos los siglos de los siglos: que á este Dios adoraban, no á los simulacros de las inmundas deidades del paganismo, que ningun poder tenian ni representaban otra cosa que hombres malvados y mujeres deshonestas, dignos de la execracion de todo el mundo.*

Una respuesta tan valerosa y tan llena de verdades contrarias á las ideas de que estaba imbuido el inicuo presidente, exaltó su cólera de manera, que mandó echarlos en un calabozo oscuro, en donde los afligiesen el hambre y la hediondez en el interin que se desocupaba de ciertos negocios, y tenia la complacencia de ver atormentarlos á su gusto. En efecto, pasados algunos dias en que los Santos sufrieron todas las miserias y penalidades de

una cárcel tenebrosa y hedionda, y de una inhumanidad que los afligia con hambre y desamparo, mandó el presidente que pudiesen su tribunal en lugar público, y preparados todos los instrumentos de la crueldad, le trajesen á su presencia á Proto y á Genaro. Hizose así, y preguntándoles, segun las formalidades de la ley, y hallándolos firmes y constantes en su doctrina, mandó que los pusiesen sobre un potro, y que allí fuesen despedazadas sus carnes con garfios de hierro. Ejecutaron la inicua sentencia los verdugos; y desnudando, segun costumbre, el santo presbitero y diácono, los colocaron en los potros, y comenzaron á despedazar sus cuerpos con tan fiera inhumanidad, que corrian arroyos de sangre. Estaban los Santos en este tormento tan terrible con los semblantes alegres y risueños, gozándose interiormente de que tenian la dicha de padecer por Cristo, y manifestando en lo exterior aquella heroica fortaleza que puede solamente producir la divina gracia. A proporcion que los Santos sufrían los tormentos con paciencia invencible, se aumentaban la ira y el encono del presidente, que veía despreciados é inútiles todos los medios de su venganza. Obstinóse mas y mas, y creyendo que muchos y repetidos tormentos podrian conseguir lo que el primero no conseguia, mandó que los verdugos apurasen su ingenio y su fiera para atormentar á los Santos de todas las maneras posibles. No se sabe cuales fueron estas, ni ha querido Dios que tengan los fieles el consuelo de saber completamente todo el triunfo de estos dos siervos suyos. Pero se sabe que aun que ejecutaron con ellos el bárbaro decreto del presidente, se cansaron mas presto los verdugos de escarnificar y atormentar á aquellos miembros sagrados, que los mártires de Jesucristo de tolerar con paciencia invicta los extremos de su crueldad impia. Se sabe tambien que Dios nuestro Señor protegió de tal modo con su gracia á estos dos ilustres confesores de su santo nombre, que de todos aquellos tormentos quedaron tan sin lesion y tan sanos como si nunca jamás los hubieran padecido.

Viendo el presidente lo poco que aprovechaban sus crueldades para que los Santos mudasen de pensamiento, echó mano de los artificios. Pensó que Genaro, como mas jóven, estaba seducido por el presbitero Proto, y que de consiguiente, separándole de su compañía, podria atraerle fácilmente á que adorase los ídolos. En órden á Proto no concibió esperanzas tan lisonjeras, porque su edad y su dignidad eran en cierta manera un obstáculo insuperable para que se determinase á abandonar una religion en la cual tenia el oficio de sacerdote. Por tanto, mandó que le llevasen desterrado á la isla de Hércules, llamada por

otro nombre Linaria, situada á corta distancia de la de Cerdeña. Estaba esta isla á la sazón enteramente desierta, y solamente cubrían su suelo enmarañados bosques y malezas, habitación horrorosa de fieras salvajes y animales ponzoñosos. Era el ánimo del presidente que en esta isla fuese primeramente atormentado Proto de la soledad, del desamparo y de la hambre, y que cuando para evitar tan fieros enemigos quisiese internarse en busca de algun socorro, ó los animales ponzoñosos le envenenasen, ó las fieras le despedazasen sus carnes para servirse de ellas por alimento. Fué llevado el Santo á esta desamparada y peligrosa mansión, en que el ministro gentil tenia por seguro que habia de perecer con la muerte mas horrorosa. Pero aquel Señor, que mantiene á las avejillas del campo, y que no permite que muera de hambre el mas mínimo y despreciable insecto, preparó al santo presbítero en aquella isla desierta, comida y bebida abundantes, que no solamente bastaban para mantener su vida, sino que además le servian de regalo. Estas misericordias del Señor le tenían sumamente conforme con su divina voluntad, y le obligaban á emplearse continuamente en darle gracias por tan divinas piedades. La oración era su ordinario empleo, y con ella consiguió que aquella soledad horrorosa, comida y bebida abundantes, que no solamente bastaban para mantener su vida, sino que además le servian de regalo. Estas misericordias del Señor le tenían sumamente conforme con su divina voluntad, y le obligaban á emplearse continuamente en darle gracias por tan divinas piedades. La oración era su ordinario empleo, y con ella consiguió que aquella soledad horrorosa, inundada de fieras é infestada de animales venenosos, fuese limpia de ellos perfectamente, y este mismo beneficio se cree el día de hoy haber alcanzado igualmente á la isla de Cerdeña.

Entre tanto se ocupó el presidente en ver si podia verificar sus proyectos en orden al jóven Genaro, para lo cual le llamó delante de sí, y le propuso con artificio cuanto pudiera hacer mella en el corazón de un jóven. Hizole presente lo florido de su edad y las grandes proporciones que esta le ofrecia para disfrutar una vida colmada de delicias. Que reflexionase que era el extremo de la necedad sacrificar una vida tan preciosa á un capricho de la opinion, y en obsequio de una religion que todos los sacerdotes y personas sabias del gentilismo convenian en que era supersticiosa y llena de errores: que en obedecer los decretos imperiales iba á ganar reputacion y conveniencias; pues todos le alabarian de juicioso y de prudente, y el emperador le colmaria de honores y beneficios, con los cuales podria disfrutar tranquilidad y delicias: que abjurase finalmente la religion de Jesucristo, que ofreciese incienso á los idolos, y él salia fiador de que el emperador le cumpliria exactamente sus promesas. Ni estas, ni las estudiadas razones del inicuo juez hicieron mas impresion en el alma de Genaro que hacen las olas del mar furioso en la dura y antigua roca que está en medio de sus ondas. Viendo el presi-

dente que todas sus artes eran inútiles para conseguir lo que habia premeditado, mandó que asegurasen á Genaro en la cárcel, y que trajesen á Proto de Linaria con ánimo de volver á juntar á los dos, y hacerlos pasar por tormentos tan terribles, que pudiesen servir de escarmiento á los demás adoradores de Jesucristo. Ejecutóse así, siendo igual, y aun superior, la constancia de los mártires á la crueldad del tirano en inventar tormentos. No se saciaba éste en dilacerar los sagrados miembros de aquellos siervos de Jesucristo; y así, en lugar de mandar que les quitasen la vida, pues no podia dudar que era absolutamente invencible su constancia, determinó que los entregasen á un soldado llamado Gabino, para que éste los guardase, mientras la furia infernal del presidente inventaba nuevas maneras de atormentarlos. La dicha fué para el mismo Gabino, pues los santos mártires le instruyeron en la religion cristiana, y le hablaron de sus soberanos misterios con espresiones tan vivas y penetrantes, que el dichoso soldado percibió toda la fuerza de la verdad, dejó que esta ilustrase su entendimiento con sus divinos resplandores, y se convirtió á la religion de Jesucristo. Instruyéronle los santos Proto y Genaro en los misterios de la religion, y cuando esto vatecatequizado suficientemente le administraron el sagrado bautismo. En recompensa de un beneficio que, con las luces de la fe, reconocia por inestimable, dió á los dos Santos la libertad, abriéndoles las puertas de la cárcel, y permitiéndoles que huyesen de la crueldad del tirano; y no contento con esto, no se detenia en decir públicamente que si habia dado libertad á aquellos dos cristianos presos, era porque los concebía inocentes, y que no habia razon ni motivo para tenerlos en prisiones.

Llegaron estas noticias al tirano, y disimulando al principio su enojo, llamó á Gabino, y con razones blandas y promesas procuró inducirle á que, arrepentido de su error, despreciase la religion que habia abrazado, y volviese nuevamente al culto de los dioses. Todas sus diligencias fueron inútiles, porque persuadido Gabino de las grandes y luminosas verdades que Proto y Genaro le habian enseñado, ni amenazas ni recompensas tuvieron fuerza suficiente para apartarle de su propósito. Por esta causa, viendo el presidente que perdía el tiempo, pronunció sentencia capital contra Gabino, mandándole degollar en el puerto de Balagai. Mientras esto pasaba, Proto y Genaro, que se habian ocultado en un lugar de las afueras de Torres, tuvieron una vision, en la cual eran convidados por Gabino á la palma del martirio. Animados con esta vision, salieron de su escondrijo, y se presentaron con entereza al tirano, quien mandó que fuesen igualmente dego-

llados. Ejecutóse la sentencia el día 25 de octubre, en el cual, cortadas sus sagradas cabezas, consiguieron estos tres Santos la ilustre corona del martirio. Para que sus cuerpos no fuesen venerados de los cristianos mandó el tirano que los echasen en alta mar; pero Dios, que tiene empeñada su palabra, y ha ofrecido que aun cuando se conjuren contra sus siervos todas las fuerzas del abismo, jamás podrán conseguir que perezca un solo cabello de su cabeza, cuidó de que las olas del mar los llevasen blandamente á la orilla, y que recogidos los cristianos los sepultasen con el honor y decencia que merecian. Con el tiempo se les fabricó una iglesia magnífica, que se consagró á su nombre, en la cual fueron colocados los sagrados cuerpos con toda la pompa, riqueza y magnificencia que manifestaba la devocion de los sardos. Su fiesta es celebrada por toda la isla, y principalmente por la provincia Turrítana con gran devocion é inmenso concurso del pueblo, el cual experimenta diariamente los frutos de su piedad en continuos favores que Dios le dispensa por la intercesion de estos Santos. Aunque todos tres son mártires de Cerdeña, y venerados con extraordinarias festividades y demostraciones de júbilo, es tan singular la devocion que tienen los sardos á S. Gabino, que por esta causa el mes de octubre, en que se celebra su fiesta, le suelen llamar S. Gabino.

SAN FRUTOS, CONFESOR, PATRON DE SEGOVIA.

EN Dios siempre está la justicia acompañada de la misericordia: cuando la primera preparaba á España el mas terrible castigo que se ha visto en el mundo, pero el mas proporcionado á sus excesos, al mismo tiempo la divina misericordia miraba esta feliz region con ojos de piedad, y la preparaba, sino el remedio á sus males, á lo menos un gran consuelo en sus aflicciones. Pocos años antes de la gran devastacion de los sarracenos nació en España S. Frutos, para que en medio de las turbulencias que habian de padecer los fieles de la bárbara morisma, tuviesen á lo menos un profeta que les acordase á los españoles la causa de su desolacion, contuviese con prodigios el impetu furioso de sus crueldades, y aplacase á Dios con sus humildes oraciones. La desgracia y turbacion de aquellos tiempos han sido causa de que las memorias de un tan grande varon hayan llegado á los nuestros tan escasas, que apenas se sabe de él otra cosa que lo poco que consta de algunos manuscritos de la iglesia de Segovia, segun los cuales, la vida de S. Frutos se reduce á lo siguiente. Nació S. Frutos en Segovia, ciudad de tan antiguo origen,

que no ha podido la curiosidad de los mas laboriosos anticuarios averiguar sus principios. La época de su dichoso nacimiento, atendiendo al año en que murió, y á tener setenta y tres de edad cuando Dios le llamó á mejor vida, se debe establecer en el de 642, primero del reinado de Chindasvinto, y á la sazón que en la provincia cartaginense presidia Eugenio II, metropolitano de Toledo. No se sabe el nombre de sus venturosos padres; pero de las costumbres de sus hijos se deduce que eran cristianos piadosos, pues dificultosamente pudiera verificarse en tiempos tan corrompidos, que tres hermanos tuviesen á un mismo tiempo el pensamiento santo de abandonar el mundo, si en su crianza no les hubiesen inspirado sus padres un profundo desprecio de las cosas temporales. Por conjetura sabemos que fueron gente bien abastecida de bienes de fortuna, y que dejando tres hijos en una edad bastante adulta, pagaron el comun tributo de la naturaleza. Los otros dos hermanos de Frutos se llamaban Valentin y Engracia, y todos tres vivian en Segovia, ejercitándose en obras de caridad y en cuanto prescribe el Evangelio para la propia santificacion. Era el tiempo en que concertados mutuamente el pueblo y los soberanos de España, habian echado el selto á la última abominacion. Toda la gente estaba entregada á la corrupcion de sus pasiones: la principal ocupacion de los españoles en aquel tiempo desdichado era el desórden y los delitos: las leyes sin vigor y sin aprecio yacian despreciadas. Frutos lloraba incesantemente en compañía de sus hermanos los públicos delitos. Cuanto era de su parte procuraba recompensar con sus santas obras los innumerables males en que estaba sumergida su ciudad y toda la provincia. Pero como siempre son contrarias las tinieblas y la luz, ni puede sufrir Satanás que se le interrumpa la dominacion, cuando llega á tiranizar un miserable reino, padecian los tres santos hermanos grandes contradicciones. El mundo, siempre enemigo de los siervos de Jesucristo, los perseguia cruelmente; y no podia sufrir unas obras que mudamente le argüia de todas su iniquidades. Frutos, como el mayor de sus hermanos, les propuso el medio de servir á Dios con la mayor tranquilidad, burlándose al mismo tiempo de cuantos enemigos habian declarado guerra á su virtud. Representóles que los bienes que poseian, aunque despreciables en su estimacion, eran sin embargo unas cadenas que les tenian atados, precisándolos á residir en Segovia, viviendo entre los peligros de tantas abominaciones. Que era preciso romper de una vez estas cadenas, poniendo por obra la máxima del Evangelio, que aconseja que se vendan los bienes temporales, se reparta á los pobres el

precio, y libre de ellos se siga á Jesucristo. Esta propuesta logró la aceptación de Valentín y Engracia, quienes, como Frutos, no tenían otro interés en este mundo que el de su salvación, y el procurarla por todos los medios posibles. Pero no habían tratado qué sitio deberían escoger para su residencia después de vendidas sus haciendas y abandonada la ciudad. Propuesta esta duda, y reflexionados por nuestro Santo los innumerables escollos que había en toda población, y la dificultad de evitarlos en la actual constitución de las cosas, resolvieron irse á un lugar desierto á hacer vida eremítica, y á acabar el resto de sus días en compañía de las fieras, menos temibles á la sazón que los mismos hombres. Establecida esta resolución, vendieron todos sus bienes, los repartieron á los pobres; y desembarazados de su peso, quedaron mas espeditos para emprender el áspero y empuinado camino que conduce á la región de la vida.

Saliéronse de Segovia, y caminando á pié hacia la parte del Norte, anduvieron como unas diez leguas, encaminándose siempre á un asperísimo desierto, que está á orillas del río Duraton. Cerca de este sitio existe hoy un convento de religiosos franciscanos con la advocación de nuestra Señora de la Hoz, tomando este nombre de una vuelta que hace el río, con la cual forma la figura de aquel instrumento. A poca distancia comienza el terreno á cubrirse de tanta aspereza, lleno todo de peñas altísimas y quebradas, que el solo aspecto causa terror al mas alentado. Conforme se iba presentando á los ojos de los tres santos hermanos tanta escabrosidad y horror, iba también logrando este desierto una interior aceptación y aprecio dentro de sus corazones. Marcaron aquel sitio por acomodado á sus ideas, y le destinaron para teatro de la vida celestial que habían determinado emprender. Siendo preciso separarse, porque Engracia, aunque hermana de los dos Santos, era al fin mujer, y de consiguiente poco á propósito para hacer la vida eremítica, eligieron lugares separados en donde fabricar unas pobres ermitas, que les sirviesen de habitación y de oratorio. A Engracia la dispusieron la suya en el sitio menos áspero, donde el risco comenzaba á levantarse. No lejos de allí á un lado de la de Engracia construyó la suya Valentín; y Frutos, como mas esforzado que sus hermanos, subió á la cumbre de la montaña, y eligió para sí el sitio de mas elevación, de mas horror y de mas aspereza. Esta es la distribución que señala Colmenares, quien afirma, que en aquellas alturas se conserva una fuente, que las gentes comarcanas llaman de S. Frutos, persuadidos á que el Santo la hizo brotar por especial virtud del cielo.

Del fervor que les hizo abandonar su casa, vender su patrimonio y distribuirlo á los pobres, y venirse á un desierto tan espantoso, se deja inferir cual sería el tenor de vida que emprenderían aquellos ermitaños. La sola vista de aquellas fragosidades anuncia la penitencia, aspereza y mortificación en que vivían. Su ayuno era continuo, sin permitirse otro alimento que las yerbas silvestres que producían aquellas breñas, ni otra bebida que el agua de los arroyos, que frecuentemente se mezclaba con sus lágrimas. Su lecho era el duro suelo y de almohada servían las piedras. A estas mortificaciones añadían las del cilicio y disciplina; y cuando el sueño debía reparar las debilitadas fuerzas con algun alivio, entonces los Santos se mantenían en vigilia, enviando suspiros al cielo, no solamente por sus propios pecados, sino por los de todo el mundo. Fija su vista en los desórdenes que oprimían á España, derramaron abundantes lágrimas, pidiendo al Señor la mirase con ojos de misericordia, y no permitiese que una región predilecta, que había merecido desde el principio sus paternales cuidados, las distinciones de su Madre santísima y la predicación de uno de sus apóstoles, fuese finalmente sumergida en el abismo de sus iniquidades. La justicia de Dios es tan saludable como su misericordia. Su sabiduría, que es infinita, no puede errar los medios de la corrección y del castigo, y cuando permite á los malos que apuren el vaso de su abominación, no es tanto para vengar los derechos de su Majestad ofendida, como para sacar de allí mayores provechos. Mientras los Santos oraban fervorosamente por los pecados de los demás hombres, y pedían á Dios pusiese término á los delitos en que estaba anegada España, el Señor había permitido que vencido su rey pagase su deshonestidad y cobardía, y que toda la península tuviese que recibir el yugo de la nación carnal y mas bárbara. No solamente habían subyugado los sarracenos las Andalucías, sino que adelantando sus conquistas, habían llegado á apoderarse de la ciudad de Segovia y sus contornos.

Muchos cristianos, huyendo su furor, y no encontrando asilo contra él sino en las montañas ásperas y lugares inaccesibles, se refugiaron á aquel sitio solitario en donde habitaba Frutos. Allí les refirieron las calamidades que padecía España: como toda ella había caído en manos de una gente feroz que profanaba los templos, se burlaba de los misterios, degollaba los sacerdotes, deshonoraba las mujeres, violaba las vírgenes, y hacia un horrible destrozo en cuanto encontraba por delante. Los santos solitarios lloraron en compañía de los demás cristianos tanta mise-

ria y desventura, y uniendo todos sus votos y gemidos, hacian oracion á Dios, diciendo: *No entreguéis, Señor, á una gente bestial unas almas que confiesan tu santo nombre; ni te olvides para siempre jamás de la vida miserable que viven los fieles humildes que profesan la pobreza de tu Evangelio.* Poco tiempo les duró á los fugitivos la seguridad y consuelo que les daban aquellas soledades; porque apoderados los bárbaros de aquellos contornos, llegaron á descubrir á los solitarios, y á los que se habian refugiado á aquellas asperezas. Juzgáronse todos perdidos, pues no podian prometerse otra cosa de una gente ensoberbecida con las victorias, que la esclavitud ó la muerte. Llegáronse á Frutos los cristianos implorando su proteccion, en la firme confianza de que el cielo les ayudaria por su mediacion con mas poderoso socorro que el que les pudiera prestar un numeroso ejército. Su confianza no fué vana, pues quiso el Señor acreditar con un maravilloso prodigio con cuánta complacencia ostenta su poder en beneficio de sus siervos, y cuántas atenciones le merece una firme y humilde confianza. S. Frutos, léjos de intimidarse al ver que estaba rodeado por todas partes de mahometanos, ni abatir su corazon con los clamores y desventura de los cristianos fugitivos, habia concebido el proyecto mas arriesgado que puede caber en humano pecho. Era este nada menos que el intentar convertir á los sectarios de Mahoma, pretendiendo que abjurasen su secta carnal y abrazasen el cristianismo. Para este efecto les hacia frecuentes y vigorosas exhortaciones, proponiéndoles lo brutal de su supersticion, y las racionales leyes que habia promulgado Jesucristo. Este empeño llegó á irritar de tal manera á los mahometanos, que determinaron quitar la vida á Frutos, y á todos los que con él habitaban aquellas fragosidades, para dar de este modo alguna satisfaccion á su gran profeta, á quien juzgaban altamente ofendido. Señalaron dia para la ejecucion de tan inicuo proyecto; y al tiempo que se acercaban á la celdilla en que habitaba Frutos, les salió éste al encuentro, bien persuadido de que venian con intento de quitarle la vida, pero al mismo tiempo con grandes deseos de sacrificarla por Jesucristo. Sin embargo, le dolia sumamente el ver que su muerte seria principio de la desolacion que padecerian todos cuantos se habian refugiado á aquellas breñas. Y haciendo sacrificio de la gloria que le podria resultar de dar su vida en defensa de la fe, al amor que tenia á sus prójimos, quiso antes conservar á estos su seguridad, que alcanzar la lauréola del martirio. Luego que tuvo á los mahometanos delante de sí, armados con picas y lanzas para quitar la vida á una tropa de cristianos, que,

como ovejas delante del lobo, habian venido amedrentados á guarecerse de S. Frutos, juzgó que debia invocar el santo poder de Dios, y dar á conocer á aquella gente proterva, que hay un Dios en el cielo que sabe vengar sus ultrajes. Mandóles detener en el nombre de Dios, y que no pasasen adelante de una raya que con el báculo hizo sobre una gran peña. Antes que los bárbaros pudiesen manifestarse desobedientes á este precepto, quiso contenerles el cielo con una maravilla inaudita. Por la misma raya que habia señalado S. Frutos se abrió el peñasco, formando una profundidad grandísima, que separaba los moros de los cristianos, y dejaba á estos libres y seguros de la furia de los primeros. Con este prodigio los moros volvieron atrás de su intento, y los cristianos quedaron nuevamente persuadidos de la gran santidad de Frutos, y de lo mucho que el cielo le favorecia. Este prodigio está comprobado no solamente con los documentos de la santa iglesia de Segovia, sino con la vista ocular del mismo hecho; pues hasta el dia de hoy permanece la misma peña dividida, y perpetuado el milagro; llamándose aquella rotura *la cuchillada de S. Frutos.*

Los moros cobraron gran terror al Santo, al paso que los cristianos le tributaban nuevo respeto y veneracion, haciéndose así famoso su nombre á proporcion de sus virtudes. Estas crecian cada dia mas, porque el Santo las aumentaba con la oracion, penitencia y todo género de ejercicios piadosos, y además de esto con infinitos trabajos que empleaba en la salud de sus prójimos. Quiso Dios premiárselos llamándole para sí, y aunque no consta, como sucede de otros santos ermitaños, las particularidades que precedieron á su muerte, se debe creer que se armaria con los santos sacramentos de la Iglesia para entrar en la última lucha con el enemigo comun. Se sabe, sí, que salió de ella victorioso, y que siendo de edad de setenta y tres años, lleno de trabajos y merecimientos, le llevó Dios á darle el premio de su gloria dia 25 de octubre del año del Señor de 715. Honró el Señor á su siervo con varios prodigios; pues varias personas que tenian enfermedades incurables, solo con tocar sus sagrados despojos fueron repentinamente sanos. Luego que el Santo espiró procuraron sus santos hermanos Valentin y Engracia amortajarle segun les permitia su pobreza; y dándole sepultura en la misma ermita que habia vivido, se retiraron á otra cerca de Caballar, en donde fueron finalmente degollados por los moros, segun testifica Mondejar. De estos Santos solo quedan las memorias que hay en la vida de S. Frutos. Añádese en ella que los moros echaron sus cabezas en una fuente que allí habia, llamada hoy *Fuente*

Santa. El papa Sixto IV en una bula dada el año 1476 á favor del priorato de S. Frutos, los llama Mártires. Las santas cabezas fueron llevadas al Caballar, donde se veneran. Los cuerpos de estos tres Santos se conservaron en la ermita de S. Frutos, venerados de los cristianos hasta el siglo XI, en que el rey don Alfonso el VI habiendo ahuyentado la morisma de todos aquellos contornos, y viendo como de día en día se aumentaba el culto de S. Frutos y sus hermanos, dió la ermita al monasterio de san Sebastian de Silos, que hoy llamamos *Santo Domingo de Silos*, para que la cuidase con el esplendor que á tales Santos convenia, formándose para ello una escritura en el año 1076. Hecha esta donacion al abad de Silos, que lo era entonces D. Fortunio, sucesor de Sto. Domingo Silense, procuró reparar la dicha ermita, haciéndola toda como de nuevo, y edificando oficinas y celdas para poderla habitar algunos monges. Acabóse esta obra el año 1100: consagró la iglesia el primer arzobispo de Toledo D. Bernardo. De todo esto quedó memoria en una inscripcion latina que pusieron sobre la puerta. En el mismo año y día fueron trasladadas las santas reliquias desde su sitio antiguo á otro hueco que el abad mandó hacer en aquella iglesia sobre la puerta que cae al mediodía. Restaurada Segovia, y restituida á su dignidad episcopal, solicitaron y alcanzaron por medio del arzobispo de Toledo D. Bernardo, que el monasterio de Silos les concediese la mitad de las reliquias de estos Santos, lo cual se verificó en el año 1125. Recibieronlas los segovianos con increíble júbilo de sus almas, manifestando en la pompa exterior cuanto gozo recibian en la posesion de sus santos compatriotas. Guardaron el tesoro de tal manera, que con el tiempo llegó á perderse la memoria del sitio determinado en donde se custodiaban tan preciosas reliquias: solo se sabia que estaban en la catedral. Este olvido causaba suma afliccion en los ciudadanos, hasta que hecho obispo de aquella iglesia D. Juan Arias de Avila, natural de la misma ciudad, quiso Dios premiar su piedad y zelo con el descubrimiento de tan precioso tesoro. Este venerable obispo publicó ayunos y rogativas; y yendo despues en compañía de algunas dignidades y prebendados de la iglesia á hacer la investigacion, uno de los ar- tífices advirtió un hueco en el altar de Santiago. Lleno de alegría, metió la mano, y comenzó á gritar inmediatamente clamando que se le abrasaba. Acudieron todos sobresaltados, pero la turbacion se convirtió bien pronto en alegría. El obrero que tenia un dedo de la mano sin movimiento, le sacó perfectamente sano. Toda la iglesia se llenó inmediatamente de una fragran- cia celestial, y á este gozo se siguió la invencion de las sagradas re-

liquias, las cuales trasladaron al altar mayor, mientras se labraba capilla con advocacion de S. Frutos, haciendo Dios conti- nuas maravillas por su intercesion, y manifestando de este modo cuán maravilloso es en sus santos. En el año 1558 fueron colocadas en la nueva catedral. El oficio del hallazgo de las santas reliquias que se comenzó á rezar en aquella iglesia el año 1466, se ingirió en su breviario del año 1527 con el titulo de *Tras- lacion de S. Frutos*.

SAN CRISPIN Y CRISPINIANO, MÁRTIRES.

Los nombres de estos dos gloriosos mártires no son menos fa- mosos en Francia que lo fueron y son en Roma los de los an- teriores. De esta capital del mundo pasaron á las Galias á pre- dicar el Evangelio á mediados del siglo III, en compañía de S. Quintin y de otros. Fijando su residencia en Soissons, á imi- tacion de S. Pablo instruian á muchos en la fe de Cristo, que predicaban tambien en público en las ocasiones oportunas: y á imitacion de S. Pablo tambien trabajaban con sus manos de no- che, haciendo zapatos, aunque se dice que eran de noble na- cimiento, y hermanos. Los infieles escuchaban sus instrucciones, y estaban admirados de sus vidas ejemplares, especialmente de su caridad, desinterés, piedad celestial, y menosprecio de la gloria y vanidades del mundo: efecto de todo lo cual fueron innumerables conversiones de ellos á la fe cristiana. Varios años habian estos dos hermanos continuado este ejercicio, cuando yendo á la Galia Bélgica el emperador Maximiano Hercúleo, se quejaron amargamente contra ellos algunos idólatras. El empe- rador bien fuese por dar gusto á los infieles, bien por lisonjear su propia supersticion y dar rienda tambien á su natural cruel- dad, dió orden para que fuesen llevados ante Ricciovaro, enemi- go implacable del nombre cristiano, á quien habia antes hecho gobernador de aquella parte de la Galia, y promovido ya en aquella sazón á la dignidad de prefecto del pretorio. Los márti- res salieron victoriosos de la presencia de este juez inhumano con la paciencia y constancia con que sufrieron los tormentos mas crueles, y con que acabaron su carrera con el cuchillo por los años de 287. En Soissons se erigió en honor de ellos una iglesia suntuosa, y S. Eligio adornó ricamente sus urnas.

Del ejemplo de estos Santos se muestra cuán locos son los pretestos de algunos cristianos, que escusan la pereza en las di- ligencias que hacer deben para la perfeccion, con el cuidado de una dilatada familia ó con la atencion que deben prestar á su tra-